

ORTIZ, JOSÉ JOAQUÍN (1814-1892)

*CINCO POEMAS*

INDICE:

LA SEPULTURA DEL GUERRILLERO  
TEQUENDAMA  
LOS COLONOS  
COLOMBIA Y ESPAÑA  
LA ÚLTIMA LUZ

LA SEPULTURA DEL GUERRILLERO

En silencio marchábamos, trepando  
del agrio monte hasta la cumbre llana,  
e iba nuestro camino iluminando  
el primer esplendor de la mañana.

Sobre un lecho de ramas vacilante  
con la bandera blanco-azul cubierto,  
al hombre va el cadáver adelante  
de un joven en la lucha de ayer muerto.

Y con las luces de la aurora inciertas  
veíamos abajo silencioso a Guasca estar,  
y alrededor cubiertas sus dehesas de césped oloroso;

y más abajo el río que desata su espumoso raudal;  
y parecía cinta de perlas y bullente plata  
serpenteando entre la negra humbría;

y más lejos, en lo último del llano,  
blanquear de toldos apiñado grumo,  
y alzarse en ondas por el aire vano  
del enemigo campamento el humo;

y en el confín del último horizonte,

reverberando al sol, alzar su cima sobre un monte,  
y un monte y otro monte la pirámide excelsa del Tolima.

Llegamos de la cumbre a una meseta,  
que era el lugar por la amistad marcado  
para dar sepultura en la secreta  
soledad al guerrero desgraciado.

Sobre un lecho de angélica y mastranto  
depusieron al fin el cuerpo inerte;  
y alrededor nosotros entre tanto  
hacíamos la vela de la muerte.

Lo contemplamos en silencio;  
había muerto en la flor de edad bella y lozana;  
¡así acababa tan risueño día,  
antes de que pasara la mañana!

Negros, largos bajaban por la frente,  
blanca como la cera, los cabellos;  
y ver una sonrisa dulcemente  
nos parecía entre sus labios bellos.

Sin la herida mortal, profunda y ancha  
que desgarró su corazón altivo,  
y sin la sangre que su cuerpo mancha  
se pudiera juzgar que estaba vivo.

Rendido sólo por la cruda muerte,  
mas no vencido en la batalla fiera,  
caído como cae el varón fuerte,  
por defenderla, al pie de su bandera.

¡Oh lamentable escena! Cuatro amigos  
la tumba abriendo del amigo muerto,  
sin cánticos, ni pompa, sin testigos,  
en lo más escondido del desierto;

y en la tierra y el cielo todo en calma  
en esa virginal naturaleza,  
y sólo agitación en nuestra alma  
y el dolor rencoroso en su tristeza.

Ni una voz en el páramo, ni el grito  
de un ave que rasgara el vago viento;

mudo el espacio, diáfano, infinito,  
y silencioso el ancho firmamento.

¡Ah! ¿qué éramos allí, pobres mortales  
grandes por el dolor únicamente?  
Un átomo perdido en los raudales  
de aquella inmensidad omnipotente.

Y luégo que nuestra obra terminamos,  
y estuvo abierta la profunda huesa,  
sus restos con amor después bajamos,  
con el respeto de amistad piadosa;

y alzando a Cristo súplicas sinceras  
porque acoja su espíritu afligido,  
en su frente de veinte primaveras  
la tierra echamos del eterno olvido.

Con dos toscos maderos mal trabados  
una rústica cruz después hicimos,  
y cual memoria de tan tristes hados,  
sobre su sepultura la pusimos.

Vueltos luégo al oriente, donde el alba  
con sus rosas de oro relucía,  
por toda despedida hizo una salva  
aquella nuestra triste compañía.

¡Descansa al fin en paz en este suelo,  
que el tuyo no es, oh joven desgraciado,  
tú que no recibiste ni el consuelo  
del abrazo materno regalado!

¡Duerme por siempre al son de estos torrentes  
y de la blanda brisa a los rumores,  
a la luz de los astros esplendentes,  
en tu lecho de hierbas y de flores!

Muchos hicieron antes lo que hiciste:  
fuerte lidiar con generoso pecho;  
¡ninguno más que tú, pues que moriste  
por tu Dios, por tu patria y tu derecho!

TEQUENDAMA

Oír ansí tu trueno majestuoso,  
¡Tremendo Tequendama!; ansí sentarme  
A orillas de tu abismo pavoroso,  
Teniendo por dosel de parda nube  
El penacho que se alza de tu frente  
Que, cual el polvo de la lid ardiente,  
En confundidos torbellinos sube.  
Quise también mezclar mi acento  
Al grande acento de tus muchas aguas,  
Y, respirando el aire de tu gloria.  
Ensalzarte también con voz ferviente,  
Mi lira haciendo digna de memoria,  
Y arrojarla después a tu corriente.  
Heme aquí contemplándote anhelante  
Suspenso de tu abismo;  
Mi alma atónita, absorta, confundida,  
Con tan grande impresión te sigue ansiosa  
En tu glorioso vuelo  
Y al querer comprenderte desfallece  
De tanta fuerza y majestad vencida.  
Tu voz es cual la voz de un Dios que pasma  
De asombro y de terror a las naciones;  
Cual rimbomba el cañón de la pelea,  
Y anuncia así de lejos al viajero  
La hórrida majestad que te rodea.  
Los ecos ensordecen y se cansan  
De repetir el rebramar horrendo  
Que de ti suena en torno.  
Cual si fueran los himnos de un triunfo  
Lleno de pompa y belicoso estruendo.  
El águila asustada alza sus vuelos  
Por el éter brillante a las montañas  
Donde chillan hambrientos sin hijuelos.  
Manso y tranquilo y sosegado corre  
Lleno de majestad, y de repente  
Cual dragón infernal alza la frente.  
Sacude enfurecido Las vedijudas greñas,  
asoma al borde del abismo, y brama,  
Y se lanza iracundo  
De un abismo a otro abismo más profundo  
En sábanas lumbrosas de alba espuma,  
A ser despedazado entre las peñas.  
La roca al golpe gime:  
Hierva la onda atormentada y gira.  
Se rompe, se revuelve, se comprime

Con clamoroso y desigual rugido,  
O como quien se queja y quien suspira.  
Y como el humo de una gran hoguera  
A torbellinos al Olimpo sube  
De clara niebla en argentada nube;  
Y el poderoso acento  
De soledad en soledad, de un monte  
A un monte más lejano, lleva el viento.  
El ángel guardador de tus raudales  
Aquí, de tarde, a contemplarte viene,  
Y en ese altar de piedra que se avanza  
Lleno de algas, de espuma zarpeado,  
Se sienta, el ruido de tu choque oyendo.  
Su cabeza de juncos ven ceñida  
Y de silvestres ovas,  
Y su capa de púrpura teñida  
Los montañeses, y oyen el concierto  
De su laúd divino, al brillo incierto  
De la pálida luna  
Cuando en silencio está todo el desierto.  
¡Prodigio del Creador! ¡Oh! ¡Nada falta  
A tu gloria! Pictórico horizonte  
Delante se abre; antiguos como el mundo  
Los árboles se elevan en tu monte;  
Solemnes armonías  
Resuenan en tu seno ancho y profundo:  
Flores, aromas, luz y movimiento;  
Aire esencial de vida en cada aliento;  
Un cielo claro encima.  
Como el alma de un niño, ven los ojos;  
Y por diademas para ornar tu frente  
Iris de oro, de púrpura y diamantes  
Se cruzan sobre ti reverberantes.  
Mas ¿dónde están, oh río, aquellos pueblos  
De esta región antiguos moradores?  
¿Qué se hicieron los Zipas triunfadores  
Que se sentaban sobre el trono de oro,  
Y que padres más bien que augustos reyes.  
Con amor sonriendo y frente leda,  
De dulce paz dictando iguales leyes.  
Cual se gobierna una familia, al pueblo  
Con el cayado patriarcal guiaban  
Cual con riendas de seda?  
¿En dónde el templo en láminas de oro  
Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca  
Trasladaron las aras en que ardía

El aroma suavísimo, entre el coro  
De virginales voces noche y día?  
¿Dónde Aquinún? ¿El Bogotá? ¿El Tundama?  
¿Adonde el santo Sugamuxí, adonde?  
Tu trueno asordador como un lamento,  
Es la voz sola que a mi voz responde.  
¡Pobres indios, abyectos, decaídos  
Del valor varonil, desheredados  
De este tan bello y tan fecundo suelo,  
Vosotros no poseéis de vuestra patria  
Sino el dulce aire y el brillante cielo,  
O una heredad cortísima! El arado  
Rompe la tierra y de las tumbas saca  
Los ídolos pequeños, confundidos  
Con el polvo sagrado  
De un sacerdote, un Zipa, un rey de Iraca.  
Como se avanzan a este abismo oscuro,  
Y en él se pierden las pesadas ondas,  
Así su pobre raza desaparece;  
Parte cayó bajo el acero duro  
De los conquistadores; en los hierros,  
En infectas prisiones y sombrías  
Se marchitó su juventud lozana;  
Otra se pierde en el estrecho abrazo  
Con sangre de verdugos confundida. ..  
¡Nación ayer, no existirá mañana!  
¡Y este río caudal sigue corriendo  
Como corrió desde la edad antigua!  
¡Y el trueno aterrador que estoy oyendo  
Sonaba desde entonces como ahora.  
Duro, rabioso, asordador. tremendo,  
Como una eternidad devoradora,  
Y sonará cuando al sepulcro caiga  
Este hombre oscuro, débil, ignorado  
Que oyéndolo a su borde está sentado!  
¡Oh!, ¡qué objetos!: ¡el hombre y Tequendama!  
El hombre sin poder, pincel ni acento  
Con que pintar lo que su mentó inflama,  
Que ayer nacido, vivirá un momento  
Y mañana en el polvo del sepulcro  
De su vivir se apagará la llama!  
¡Y esta tremenda catarata, eterna  
Con su voz. cual la de mil tambores  
Cual ruido estrepitoso  
De cien y cien caballos triunfadores  
En el afán de una total derrota:

Y ese hervir fragoroso, inextinguible,  
Y esa su roca firme, estable, inmota.  
Que alcanzará a los años de los años  
Y del mundo a la edad la más remota!  
¡Calma un momento el torbellino rauda  
En que ruedas, oh río, al ciego abismo,  
Y ese fragor y la explosión del trueno!  
¡Disipa el pabellón de negra nube  
Que cada instante de tu lecho sube  
Para velar tu majestad! ¡Mi alma,  
Mis deslumbrantes ojos, mis oídos  
Sordos ya con el ruido de tus aguas  
Anhelan contemplarte un solo instante  
Y dejarte después agradecidos!  
Porque tu vista bella  
Asombro, pasmo, horror sublime inspira  
Y de verdad severa lección grande  
Deja en la mente con profunda huella.  
Aire de gloria y de virtud respira  
El hombre en ti, capaz de más se siente:  
De legar a los siglos su memoria,  
De ser un héroe, un santo o un poeta,  
Y sacar de su lira  
Un son tan armonioso y tan sublime  
Como el iris que brilla por tu frente.  
Como el eco de triunfo que en ti gime.

## LOS COLONOS

No por florido otero o verde riba  
A la margen de río clamoroso,  
Cuya onda fugitiva  
Entre tupido bosque y fresca grama,  
Como formando diálogo quejoso,  
De la urna espumosa se derrama:  
Mas envuelto en el denso torbellino  
De seco polvo que alza galopando  
Mi corcel generoso,  
A la ciudad distante me encamino.

¡Vedla! ¡Allá está! Sus blancas, altas torres  
Entre espirales de humo se levantan  
Sobre los rojos techos,  
Y raros grupos de árboles a trechos

Alzan por cima su greñuda copa.  
¡Oíd! el murmurar del pueblo llega  
Al acercarnos más, cual voz de un río  
Que despeñado de la sierra baja,  
Y los peñascos con su espuma arroja  
Y en altos tumbos fiero se desgaja.  
De caballos el trote,  
Y el chirriar de los carros en las guijas,  
Y el trafago de gentes afanadas  
Sordamente resuena,  
Y hierve la ciudad como si fuese  
De los hombres anchísima colmena.

¡Mas no fue siempre así!  
Mi fantasía a la pasada edad tornando el vuelo,  
Se place en contemplar la dulce patria  
De su origen pacífico en el día.  
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo  
Se yergue de basílica suntuosa,  
El altar santo queda,  
Con el céfiro manso una arboleda  
De robles seculares se mecía;  
Y aquel otero allá, de donde corre.  
Primero, rotas peñas quebrantando,  
De linfas claras resonante río,  
De cabañas de bálago cubiertas  
Era entonces un pobre caserío.

¿Y en qué lugar al aire abierto un día  
La redentora cruz se alzó primero?  
El escuadrón conquistador la frente  
Humillado inclinaba,  
Mientras la muisca gente  
Viendo rendir el formidable acero  
Que desquició su antigua monarquía.  
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡Oh! ¡Ven conmigo, antigua amiga mía,  
¡Musa! que no quemaste un solo grano  
De incienso nunca ante ningún tirano;  
Tú que arrojas coronas enlazadas  
Con ramas de laurel que jamás muere  
Para ceñir la sien, no del guerrero  
Que se alza, lidia y triunfa,  
Y cual tormenta que pasando asuela,  
Dejando en pos de sí tristes despojos,

Mas la frente del útil ciudadano  
Que primero este campo hizo fecundo  
Sembrando en la era el extranjero grano;  
Del cenobita impávido que al centro  
Penetró del desierto más profundo,  
Y a la vida social al indio errante  
Redujo del amor con suave mano;  
Y del que pan y regalado lecho  
Dio cariñoso al desvalido infante.

¡Oíd cómo resuena  
Adentro la montaña con los golpes  
Del hacha! Ya en la loma más distante  
Prende voraz el fuego,  
Y el humo azul camina lentamente;  
Mas se derrama luego  
Por los collados todos;  
Y el águila imperial, alipotente,  
Fija la vista al sol, alza su vuelo,  
Y se pierde en las nubes arrolladas  
En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado  
Bajo el fecundo arado  
El toro, padre de la grey; el seno  
De la tierra rompiéndose negrea,  
Y la que antes espada destructora  
Resplandeció ominosa en la pelea,  
Ora en reja cambiada  
Entre los grandes surcos centellea;

Y éde que, hoy labrador, ayer guerrero  
El mar cruzó trayendo el rubio grano  
Que derramado en la era  
Dará abundancia a la colonia entera,  
Después verá doblándose a los soplos  
Del favonio suave  
La frágil caña con la espiga grave;  
Otro la carga llevará al molino,  
Y entre el fragor del agua despeñada,  
En el estrecho cauce atormentada  
Do se cambia en espuma cristalina,  
Recogerá, saltando en breves ondas,  
El blanco río de menuda harina.

Ya que nunca servil loores canta

Al guerrero que al mundo en sangre tiñe  
Y la corona a la virtud debida  
Doblando la rodilla humilde ciñe.  
¡Musa mía! Levanta  
De éstos los nombres sin culpable miedo,  
Y mi patria no ignore  
Que el inmenso bien debe  
A Briceño y a Aguayo y a Acevedo.  
Y de prez no menor dignos se hicieron  
Para ilustrar su nombre,  
Aquellos españoles que trajeron  
Los animales útiles al hombre.  
Junto al hogar medio apagado yace  
Adormido el lebrél de noble raza:  
Mas oiga el eco gemebundo apenas  
De la armoniosa trompa de la caza,  
Y veréislo partir. La tierra toca  
El delicado musgo, alarga el cuello,  
Y, cual la flecha que silbando rasa,  
Con vivísimos saltos atraviesa  
Tras la tímida corza o suelta liebre  
El llano, el bosque, el río, la alta roca,  
Hasta que al fin la presa  
Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡Con qué estúpido pasmo no vería  
El indio inculto por la vez primera  
El altivo corcel! No de la trompa  
El ronco son espera;  
La leve oreja tiende  
Y el fácil cuello enarca  
Al rumor de los céfiros de Mayo,  
Y fogoso, impaciente se enarmona;  
Súbito fuego su pupila enciende,  
Dejando ver de su ojo todo el blanco,  
Atrás echa la crin en ondas sueltas  
Sobre el trémulo flanco,  
Y libre del ronzal que lo aprisiona  
Vuela en el campo abierto;  
Traspasa el seco erial, solo y desierto,  
Con duro casco el pedregal trillando;  
O para en alta loma  
Y suelta su relincho sonoro  
Si oteó la yeguada desde lejos;  
O a la orilla del río espacioso  
Tranquilo al ruido va del agua mansa,

Con las brisas del monte jugueteando,  
Por la alta grama de la fértil vega  
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿cuál fue la española  
(Pues mujer debió ser sensible y bella)  
Que, cual triste recuerdo  
De patria ausente o fúnebres amores,  
Pasando a la comarca  
De la extensa y feliz Cundinamarca  
Trajo consigo el germen de las flores?  
Débenla nuestros prados y pensiles  
Verse alfombrados de las nuevas rosas  
Cuando en el cielo ríen los abriles;  
Y el clavel salpicado  
Con el múrice tirio  
La altiva copa alzar en frágil mano,  
Y su mano ostentar, más esplendente  
Que los del mismo Salomón, el lirio:  
Y la albahaca, del hogar amiga,  
Que crece sin fatiga.  
Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,  
Cuando apunta la luz del nuevo día,  
No bajará quejoso el son agudo  
De la campana desde excelsa torre  
A celebrar las glorias de María;  
Mas del pajizo alar de la cabaña  
Saldrá el clangor cual de clarín sonoro  
Del gallo vigilante,  
Que salude el lucero de la aurora,  
Que sube por el éter rutilante  
Tañéndose del sol con la luz de oro;  
Y veráse después cómo a la turba  
Que su serrallo numeroso puebla,  
Con voz amante llama  
A recoger el derramado grano  
Del rubio trigo entre la verde grama.

Cómo después que el labrador recoge  
En la espaciosa troje  
Los frutos que le dio pródigo el cielo,  
De las *chisgas* el pueblo numeroso,  
En alas de los céfiros traído,  
Cual en un gran palacio prevenido

Por el Dios bondadoso,  
Sobre un árbol copudo abate el vuelo.  
Debajo de la tribu desaparece  
De repente el follaje; el árbol brilla  
Como una grande cúpula de oro,  
Y de tanta avecilla  
No cesa un punto el gorjear sonoro:  
Así de la Misión todos los niños  
Cuando oyen la sonora campanilla,  
Corren en torno de la cruz que arranca

Enhiesta al aire y cercan al anciano,  
Que entre tantas cabezas infantiles  
Descuella allí con su cabeza blanca.  
¡Oh! ni Platón, ni Sócrates, famosos  
En los anales del saber, supieron  
Tras largos años de velar contino  
Lo que estos pobres niños candorosos,  
De los trémulos labios del anciano,  
Al pie del leño rustico, aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama  
De los santos discípulos de Cristo  
Una sola región y un solo clima.  
Ellos irán de amor la pura llama  
A prender en el pecho del salvaje,  
A par las artes de la paz mostrando,  
Al suelo donde Arauca se derrama  
Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,  
La inmensa soledad fertilizando.  
Subirán a la cumbre siempre yerta,  
Trono de la borrasca asordadora,  
Y oirán por fin el cántico sonando  
En loor de la Cruz reparadora,  
En cuantas son las lenguas,  
Por cuanto son las tribus que mi patria  
Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,  
Porque después de alzar templos suntuosos  
A nuestro Padre Dios que está en el cielo,  
Al enfermo abrirán quietos asilos,  
Darán madre a los huérfanos,  
Donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡Y es poco afín!... En su incansable anhelo

Por anunciar la vida a las naciones,  
Quieren centuplicar la voz divina,  
Fijando su fugaz e inestable vuelo,  
Y el árbol de la ciencia,  
Que es bien a un tiempo y real, y vida y muerte,  
Que encontró Gutenberg, ellos plantaron,  
Antes que otro, en la tierra granadina.

¡Oh! ¡Dadme frescas palmas  
Con que tejer coronas  
Que ornén la sien del vencedor! ¡Oh! ¡Dadme  
La lira de grandílocuos concentos  
Para cantar sus ignorados nombres;  
Y en alas de los céfiros llevados  
De la tierra a los clímax apartados,  
Sean amor y orgullo de los hombres!  
¡A todo bien, tributo de alabanza!  
¡A toda noble aspiración su canto!  
Lo mismo al que confiando su fortuna  
A frágil tabla y a delgado lino  
Al Oceano férvido se lanza  
Hallando de la América el camino,  
Que al que rasgando el florecido manto  
De la tierra el arado usó primero:  
¡A todo bien tributo de alabanza!  
¡A toda noble aspiración su canto!

## COLOMBIA Y ESPAÑA

(20 de julio de 1882)

Este es, madre Colombia, e.1 bello día  
Que vuelve al mundo de to gloria clara,  
Y hoy, como ayer y siempre, sobre el ara  
De to templo inmortal derraman flores  
Regocijados tus amantes hijos;  
Y hoy, como ayer y siempre,  
Resuena la armonía  
De los himnos de tri unfo y de alegría.

Mas ¿qué cantor, entre el egregio coro  
De tanto amado de los dioses, buscas  
Para ensalzar tu nombre? ¿O suple acaso  
La llama de mi amor jamás extinta

A la armoniosa lira del Parnaso?  
¡Oh! que para cantarte dignamente  
Poderosa no fuera  
Del viejo Homero la robusta trompa  
Ni de Marón la lira lisonjera.  
¿Y yo he de alzar loándote mi acento  
De tu gran día en la solemne pompa?  
¿Qué es la humilde retama  
Junto al baobab, patriarca de las selvas,  
Que su gigante mole saca al cielo?  
¿Qué el menguado arroyuelo  
Que corre sin ruido,  
En la callada soledad perdido,  
En medio de los Andes,  
Con nuestro poderoso Tequendarna  
Que, al arrojarse al negro abismo, brama  
Atronando el desierto en voces grandes?

Nacido en medio a la tormenta horrible  
De do brotó la libertad de un mundo,  
Mi tuna en orfandad mecióse un día  
Del canon al rimbombo furibundo.  
Niño yo, de la vida no sabía,  
Ni el misterio pasmoso de la muerte,  
Cuando me hallé en un campo de batalla;  
Y en mi ignorancia extrema, no podía  
Adivinar por qué, como leones,  
Se lanzaban al fuego y la metralla  
Unos y otros rabiosos escuadrones.  
Visto había en la siega de los trigos  
Como botadas las gavillas quedan,  
Y parecióme entonces que sería  
Siega de hombres la atroz carnicería:  
Mi buena madre en tanto,  
Llena de horror, y pasmo, y miedo, el llanto,  
En abundosa fuente derramaba;  
Yo, niño al fin, sin experiencia alguna,  
Mirándola llorar, también lloraba.

Era el campo de Vargas glorioso,  
Y vi después al triunfador volviendo  
Del suelo de los incas deleitoso,  
No cual Camilo en el ebúrneo carro  
Arrastrado por rápidos corceles,  
Ni de purpúrea clámide cubierto  
Y la frente ceñida de laureles.

Modesto, ante el Senado de la patria,  
Que lo acogió gozoso entre sus brazos,  
Se presentó a mostrarle las cadenas  
Que oprimieron el cuello  
De los hijos del Sol, hechas pedazos.  
De mis ojos cayó como una venda,  
Y la revelación entonces tuve  
De lo que es gloria inmaculada y pura,  
Y lo que el corazón del hombre alcanza  
Cuando del bien a la escabrosa senda  
La santa mano del Señor lo lanza;  
Y entonces comprendí cómo los héroes,  
Porque viva y palpíte su memoria  
En la remota edad, graban sus nombres  
En el eterno mármol de la historia.

Y vi después al héroe entristecido,  
Como un morir del sol, partir en busca  
De nuevo hogar en extranjera tierra;  
Y entonces comprendí lo que de amargo  
La ingratitud del corazón encierra.

Quien hechos tan espléndidos ha visto  
Es cual viajero que a sus lares torna  
Después de haber cumplido el pío voto  
-Y el gran sepulcro visitar de Cristo-;  
Se le escucha con ánimo devoto  
Porque puede decir: -Yo vi, yo estuve;  
Yo al Calvario subí; yo el mármol santo  
Que encerró a mi Señor, empapé en llanto-;  
Y el que atónito le oye, se imagina  
Envuelto contemplarlo en una nube  
Que exhala aromas  
De la remota tierra palestina.

Yo ahora de los últimos testigos  
De la virtud de aquella heroica raza,  
Al ver de su obra el fin, cual el viajero  
Sentado en las ruinas  
De un pueblo ya perdido  
Que aturdió al mundo con el gran ruido  
De su gloria y poder, me considero;  
Y a veces alzo el canto,  
Que es de dolor, no tanto  
Por celebrar su gloria,  
Como por dar al ánimo afligido

Consuelo celestial con su memoria.

¡Qué tiempo aquel de tanto horror y duelo  
La tormenta de rayos y granizo  
Que por fértil región tronando pasa,  
Sembrando en pos devastación y ruina,  
Menos estragos deja que en ti hizo,  
Oh patria mía, de la guerra el fuego.  
De la revolución el soplo airado  
Sobre la haz de Colombia a nuestros padres  
Dispersó; y unos fueron  
A combatir al campo: otros cayeron  
En infestas mazmorras, y la vida  
Otros en el patíbulo rindieron;  
Y quedaron desiertos los hogares;  
Y las míseras viudas,  
Petrificadas de terror y espanto,  
Sin dar un ay, extáticas y mudas,  
Miraban de sus huérfanos el llanto.

¡Oh héroes! mas vosotros  
Que fundasteis la patria, ¿a qué tormentos  
No os condenaba vuestro amor? Congojas,  
Dudas, temores, penas, desconfianzas,  
Desbaratos del ánimo, desdenes  
Del poderoso; bellas esperanzas  
Que nacen, y tan pronto como nacen  
Se ven desvanecidas:  
Largas noches de insomnio doloroso;  
Traición de los amigos;  
Ver del puñal alzado entre las sombras  
Relumbrar el relámpago, y mil veces  
Beber basta las heces  
De ingratitud el ponzoñoso acíbar...  
Esto sufrió Colón, esto Bolívar...

¡Mas que si luego el día  
Llega en que, al disipar el sol la bruma,  
El inmortal piloto  
Ve salir lentamente de la espuma,  
Como alza el cáliz el fragante loto,  
La americana tierra  
Del fondo del Océano profundo,  
Y poder exclamar, ebrio de gozo:  
*¡Gloria al Señor! ¡He descubierto un mundo!*  
Y que cuando Bolívar,

Al través de los campos de la muerte,  
Llega por fin de donde el mar recibe  
Al Orinoco en amoroso abrazo,  
A la cima en que saca al firmamento  
Su frente de granito el Chimborazo;  
Y derrama la vista abajo, y mira,  
Cual salidas del bátratro profundo,  
Cinco grandes naciones,  
Y clamar puede al fin, ebrio de gozo:  
*¡Gloria al Señor! ¡He libertado un mundo!*  
¡Oh júbilo! ¡Oh placer! ¡Oh de la patria  
Antiguas fiestas, cuando  
De la borrasca la postrera ola  
Huyó a perderse en el confín, llevando  
La bandera española!  
¡Y no nos dividía fiero bando,  
Y era uno el pensamiento, uno el destino,  
Y unos nuestros altares,  
Y nos daba vigor un alma sola!

Entonces los comicios populares  
No eran sangrienta lucha o fraude artero;  
La majestad augusta del Senado  
Culto de amor mandaba verdadero,  
Y el labrador pacífico veía  
De su fatiga el fruto respetado:  
La ley amada con amor intenso;  
De la Justicia en el altar ardía  
En perpetuo holocausto puro incienso  
Formaba una cadena nuestro brazo  
Unido a los demás, y en paz profunda  
Reposábamos todos complacidos  
De la madre común en el regazo.

Mas ¿dónde ahora tan dichosos días  
De unión fraterna y amistad son idos?  
¿Dónde tantos varones distinguidos  
En la sangrienta lid o en el consejo?  
¿Do la lanza primera del Apure  
Y el valiente entre todos los valientes?  
¿Y Sucre dónde? ¿Y dónde el que la carga  
Dio en Ayacucho, intrépido? Sería  
Temerario el afán, oh patria mía,  
De memorar sus inmortales nombres,  
Cuando, luchando de diversos modos,  
En la extensión inmensa de Colombia,

Si uno el caudillo fue, los héroes todos!

¡Pasaron los invictos! Su memoria  
Para ser inmortal no necesita  
Mármoles de Carrara o duro bronce:  
Eterna vive en los gloriosos campos  
Que consagro el valor; suena en los ecos  
De nuestros patrios ríos y montañas,  
Y en el fiero rugir de los volcanes,  
La refiere en sus páginas la historia  
Palpita del poeta en las canciones,  
Y los vientos la llevan en sus alas  
De la tierra a sus últimas regiones.  
¿Qué más? ¡En el altar culto recibe  
Que de los hombres redimidos alzan  
A su eximia virtud los corazones!

¡Oh! ¡Reposad en vuestros quietas tumbas,  
Augustos padres de la patria mía,  
Pues bien lo merecéis! La grande obra  
De redención al fin está cumplida;  
Y no llegue a turbar vuestro reposo  
El tumulto de lucha fratricida.

Hoy a vuestros sepulcros hace sombra  
La bandera del iris, enlazada  
A la de los castillos y leones;  
Que el odio no es eterno  
En los pobres humanos corazones;  
Y llegó el día en que la madre España  
Estrechase a Colombia entre sus brazos,  
Depuesta ya la saña;  
No sierva, no señora  
Libres las dos como las hizo el cielo.  
¡Ah! ¿ni como podría  
Hallarse la hija siempre separada  
Del dulce hogar paterno,  
Ni consentir la cariñosa madre  
Que tal apartamiento fuera eterno?

En esos años de la ausencia fiera,  
El recuerdo de España  
Seguíamos doquiera.  
Todo nos es común: su Dios, el nuestro;  
La sangre que circula por sus venas  
Y el hermoso lenguaje;

Sus artes, nuestras artes; sus reveses,  
Nuestros también, y nuestras  
Las glorias de Bailén y de Pavía.

Si a veces distraídos  
Fijábamos los ojos  
A contemplar las hijas de Colombia;  
En el porte elegante,  
En el puro perfil de su semblante,  
En su mirada ardiente y en el dejo  
Meloso de la voz, eran retrato  
De sus nobles abuelas;  
Copia feliz de gracia soberana,  
En que agradablemente se veía  
El decoro y nobleza castellana  
Y el donaire y la sal de Andalucía;  
Y entonces exclamábamos:  
Un nombre Terrible, España, tienes; ¡pero suena  
Qué dulce al corazón del hombre!

¡Oh! ¡Que esta santa alianza eterna sea  
Y el pendón de Castilla y de Colombia  
Unidos siempre el universo vea!  
Y que al ¡viva Colombia! que repiten  
El áureo Tajo, y Ebro y Manzanares,  
Responda el eco que rodando vaya  
Por los tranquilos mares  
A la ibérica playa  
De ¡viva España! con que el Ande atruena  
El Cauca, el Orinoco, el Magdalena!

## LA ÚLTIMA LUZ

Cuando del firmamento la armonía  
Desaparezca de los ojos míos.  
Cansados de verter amargo llanto:  
Cuando ya en mis oídos no resuene  
Dulce rumor de bosques y de ríos,  
Ni de las aves el alegre canto,  
¡Ay! Cuando pase a vida mar tranquila,  
De nuestras bosques por los hondos huecos  
¡Qué tristemente gemirán los ecos!  
Vosotras, prendas de mi vida, entonces  
No vayáis a llorar sobre mi suerte;

Que el brillo de la Vida verdadera  
Ilumina la puertas de la Muerte.

¡Vientos que llevaréis en vuestras alas  
El alma atribulada del poeta  
A la región desconocida en donde  
De los mortales el final destino  
Entre pasmosa oscuridad se esconde:  
¡Ya os oigo lejos resonar! Ahora,  
Sentado al borde de mi tumba, espero  
A que raye la aurora en el Oriente  
Y al mar occidental taiga la luna,  
Entonando las santas oraciones  
Con que mi madre remeció mi cuna.

Así aguarda el marino  
Parado de su nave en la alta popa,  
Con el oído atento,  
A ver si sopla favorable viento  
Para soltar el vagaroso lino  
Y entregar a las ondas su destino.  
¡Oh! dichoso el mortal que, atrás dejando  
De la borrasca la tupida bruma,  
Logra tocar al suspirado puerto,  
Aunque salga cubierto  
Del fiero mar con la salada espuma;  
Y doblar exultante la rodilla  
Y besando la orilla,  
Clamar: ¡Al fin te tengo, y para siempre,  
Tierra de libertad! En tu regazo  
Al fin reposaré tranquilo  
Del Sumo Bien en el amante abrazo!

Mas de mi infancia ¡oh celestial aurora!,  
De la vida lucientes ilusiones,  
Que poseéis la fuerza seductora  
De hechizar los humanos corazones!  
¡Bello rayo de gloria, que ideaba  
Reflejar en la Patria! ¡Todo ahora,  
Todo desaparecido!  
¿A dónde, a dónde ha ido  
De la niñez feliz la ingenua risa  
Pagada por la madre con un beso?  
¿Dónde el primer amor, dulce embeleso  
De la vida, y las fieras tempestades,  
Y los dorados sueños de ventura.

Y las horas de dicha y las de llanto,  
Y las horas de gloria y de amargura?  
Selló la muerte con su mano helada  
La losa del sepulcro, y el olvido  
Sobre ella echó su perdurable manto;  
Y se escucha una voz que nos enseña  
Que todo es vanidad de vanidades  
Y sólo la Virtud eterna dura.

¡Adiós, oh sol! ¡Estrellas fulgurantes  
Que brilláis en el velo de la noche  
Cual chispas de diamantes!  
Y vos, ¡oh patrio río.  
Oh Sugamuxi mío!  
¡Bellos campos que inunda  
Una ola de fragancia,  
Donde gocé de paz dulce y profunda  
En los risueños días de mi infancia!  
Adiós, oh pobre iglesia de mi aldea,  
Recostada en musgosos pedrejones  
Y en torno rodeada  
De árboles que sembraron mis abuelos;  
Cuya mudable sombra  
Mal encubre a mis ojos  
Los blancos paredones,  
El alto campanario y techos rojos!  
El polvo vuelva al polvo  
En silenciosa paz, hasta que suene  
El ronco son de la final trompeta  
Y las regiones del sepulcro llene;  
Y como el huracán barre la hoja  
De los bosques, marchita;  
Del pecador Adán toda la raza  
El Ángel, a rendir estrecha cuenta  
Ante las plantas del Señor recoja.

Y mientras tanto allí ¿qué necesita  
Ese poco de polvo que ha quedado  
Y que se llama el hombre? Un paño negro  
Que el pavimento de la iglesia enlute,  
El ataúd confín que en la parroquia  
A los pobres recoge, y cuatro cirios  
Cuya luz vacilante  
Caiga sobre el semblante  
Del que finó, y las manos  
Que piamente abracen amorosas

La Cruz del Redentor sobre su pecho,  
Cual de una tabla el naufrago se agarra  
Cuando en el mar, en temporal desecho,  
Sopla el austro y retumba  
Sordo el trueno, y el rayo  
De negras tumbas el montón desgarrar.  
Cubra mi cuerpo el manso  
De color de la pálida ceniza,  
Que en hombros de los hijos de Francisco  
Ha paseado el mundo  
Llevando las ovejas descarriadas,  
Del eterno Pastoral grande aprisco.  
Oigase solamente  
Encima de mi tumba  
La voz del sacerdote  
Que por misericordia y perdón clama,  
Y llueva cual rocío refrescante  
En campo erial de aridecida grama;  
Mas no venga con eco estrepitoso  
A resonar allí comprada orquesta  
De variado instrumento,  
Voz calculada, hipócrita lamento.  
Suba abundante incienso en blanca espora,  
Que las bóvedas llene, y en contorno  
Del enlutado féretro, piadosas,  
Como sordo rumor de manso río  
Que golpea la orilla,  
Resuenen muchas veces  
Con perdón y clemencia,  
Al cielo alzadas doloridas preces;  
Y no lámparas ciento  
De oro bruñido y de brillante plata;  
No amarillos blandones  
Con luces sulfurosas y cambiantes  
Quiebren la oscuridad del templo grata,  
Entre velos flotantes  
Con caireles de gasa y de crespones;  
Ni la carroza fúnebre, cubierta  
De coronas, se mueva, con airones  
De movedizas plumas,  
A la región del sempiterno luto;  
Ni del coro le siga, la armonía  
Con la voz estruendosa de la orgía,  
De una falsa amistad sólo tributo,  
O de mentido amor; y que no venga  
A pronunciar de la Virtud el nombre

Sobre el polvo de un hombre  
Gran pecador, en estudiada arenga;  
Que oírse allí no debe  
La voz pagana y triste:  
*-¡La tierra te sea leve!,-*  
Mas la del sacerdote,  
Voz de resurrección y de esperanza  
Que nos promete vida más dichosa:  
*-¡Oh, luzca sobre ti la luz perpetua  
con los santos de Dios y en paz descansa!-*

¿Qué a mi con la corona  
De verde mirto entretejida, y flores  
Con que el ingenio o la virtud blasona?  
Bien poco necesita  
De un pecador el cuerpo amortajado  
Para dormir en paz su último sueño:  
Un espacio pequeño,  
Siete palmos de tierra en la bendita  
Mansión que ha de habitar eternamente  
De soledad cercado:  
Donde no se distinga, entre la alfombra  
De florecida grama,  
De otras tumbas su tumba, a que haga sombra  
Rústica cruz de mal labrado leño.  
El perdón del Señor bástale sólo,  
Sin que a su gloria necesario sea,  
Grabado en el altivo mausoleo,  
Titulo vano de mentida fama  
Que el admirado pasajero lea.

Y tal vez por la tarde,  
Cuando la luz con las tinieblas lucha,  
Ave viajera detendrá su vuelo  
En la cerca de espino  
Que guarda el camposanto,  
Y tupen con festones  
La zarza y la silvestre capuchina;  
Y soltará de allí su dulce trino  
Al sol que muere, al céfiro, a la rosa  
Que deshojada por el polvo rueda,  
Al sauce babilónico, que inclina  
Como llorando, lánguida la frente;  
Y al cercano torrente,  
De nuestra vida imagen,  
Que borbotando baja

En raudo torbellino,  
De una en otra laja,  
Con ondas espumosas cristalino;  
Canto que es un remedo  
De la canción sencilla  
Del poeta difunto, o cual memoria  
De antiguo bien perdido  
Y de dicha fugaz y transitoria.

Luego las negras sombras de los Andes  
Se irán haciendo cada vez más grandes;  
Del pueblo oiráse lejos el murmullo,  
Cual voz de un río entre las piedras sorda;  
Y más lejos el fúnebre lamento  
Con que en la grey el toro padre muge,  
Y el chirrido del carro  
Que de puro repleto se desborda,  
Y atormentado con la carga cruje.  
Luego el agudo son de la campana  
Volará al monte, al valle, a la alquería,  
Saludando a la Reina Soberana;  
Luego saldrá la luna difundiendo  
Sus secretos de gran melancolía;  
Luego sombra y silencio....  
Y después morirá por fin el día.

Y siempre ¡oh Dios! así; y años tras años,  
Siglos tras siglos rodarán las olas  
Sobre la humilde tumba del poeta,  
Que en tiniebla, en silencio duerme a solas,  
Hasta que lo despierte  
Del pavoroso sueño de la muerte  
El ronco son de la final trompeta!

#### MEDITACION

¡Qué de tumbas! ¡qué de nombres!  
¡Qué de dichas engañosas!  
Niños, mujeres y hombres,  
Jóvenes feos y hermosas,  
Esperan todos en quietud completa  
El son oír de la final trompeta.

¡Tumbas! tumbas donde quiera,

Cual si fuera un palomar,  
En hilera sobre hilera;  
No hay casi donde pisar:  
¡Tumbas a un lado, tumbas hasta el cielo,  
Tumbas también en el bendito suelo!

La Muerte tapó su oído  
Con su mano, y no los hiere  
Ningún humano ruido,  
Ni del triste miserere  
El lento y apenado clamoreo,  
Ni del cirio el fugaz chisporroteo.

Con quien la leche en los labios  
Tenía, quien llegó tarde,  
Los necios junto a los sabios,  
Junto al valiente el cobarde;  
Junto a la honesta Virgen yace ahora,  
La pobre Magdalena pecadora.

Y junta al rico, avariento  
El pobre Lázaro duerme;  
Cerca al déspota sangriento  
La humilde virtud duerme;  
Solo esta vez los míseros mortales.  
Bajo la sombra de la Cruz iguales

No valieron a la hermosa  
Ojos ni boca riante;  
Marchita se halla la rosa  
En su descarnada frente;  
y el laurel que adornó la del soldado  
Se halla seco también y deshojado.

¡Todo finó para ellos!  
No tiene el campo verdura  
No tiene el cielo destellos  
¿De qué sirve su hermosura  
Para ojos ciegos, corazón inerte  
Helado por la mano de la Muerte?

¡Nada al morir se llevaron!  
Cetro, espada, toga, lira,  
Patria y familia dejaron  
Amor por que se delira  
Tesoros tantos. Ídolos de gloria...

¡Quimeras de la vida transitoria!

A unos bello mármol arropa  
Con doradas inscripciones.  
Do mueve el ciprés su copa  
Al soplar los aquilones  
Y solamente a otros tosca piedra  
Que cubren zarzas o silvestre hiedra.

¡Y todos ellos perdidos  
Sin remisión para el mundo!  
¡Todos ellos convertidos  
En ceniza y polvo inmundo!  
¡Si alzáis la losa de una tumba helada  
Os pasmará el misterio de la nada!

Y ese montón de ruinas  
Informes, feas, si n nombre  
¿Eran las formas divinas  
Del ser que se llamó *El Hombre*?  
Polvo que al más ligero movimiento  
Se difunde en el ámbito del viento.

No da fruto la simiente  
Si no se pudre en la tierra;  
Ni suelta el ala esplendente  
La oruga, si no se encierra;  
Y a la oruga inmortal le es necesario  
Para vivir, tenderse en el sudario.

¡Oh, entonando jubilosa  
El santo himno de alegría,  
De su tumba silenciosa  
Se alzará de nuevo un día,  
Botando la mortaja hecha pedazos,  
A reposar de Dios entre los brazos!

Cuando los hórridos sonos  
De la trompeta sacudan  
Del sepulcro las regiones;  
Cuando los pueblos acudan  
Del Juez de majestad a la presencia  
A oír, turbados, su final sentencia;

Se sabrá entonces al cabo  
Qué vale más, si el lamento

Del agarrotado esclavo  
O del tirano el contento,  
Y el precio en el gran juicio de la Vida  
Del placer torpe y la aflicción sufrida.

Que si aquí finara todo  
Y si un más allá no hubiera,  
Nuestra existencia de lodo  
Explicación no tuviera;  
Mas se halla al fin de la existencia humana  
Dios pesando en balanza soberana.

Pesará el rico el oro,  
Y del pobre los andrajos,  
El deleito, el triste lloro,  
Y la risa y los trabajos,  
Y el triunfo audaz e insultador del vicio  
Con el lento penar del sacrificio.

Por eso aquí se levanta,  
Por todas partes gime  
La voz de la esperanza santa  
Y resignación sublime:  
*¡Ven, pues eres la Vida, a restaurarnos!*  
*¡Ven, Redentor, del polvo a levantarnos!*